

## RELACION

de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores del, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse:

## EN UN SOLO CANTO.

Por tal orden habemos caminado  
En la trama y urdiembre desta tela,  
Que ya, bendito Dios, hemos tornado  
A la costa del Cabo de la Vela;  
Donde para cumplir lo profesado  
Hay bastante razon que me compela,  
Como quien sabe bien aquel camino  
Y ha sido mucho tiempo su vecino.

Puntas y promontorios señalados  
Se meten en la mar desta frontera,  
Altura de la cual son doce grados,  
Segun cuenta de gente marinera;  
Vense los montes altos y nevados  
Que Santa Marta tiene por cimera;  
Y el hermano mayor de los Colonos  
Fué quien primero vido sus ancones.

Al tiempo que venian navegando  
Y de la tierra con algun desvío,  
Vieron aqueste cabo blanqueando  
Que parecia vela de navio;  
Después que ya se fueron allegando  
Al desengaño del y su bajo,  
El Cabo de la Vela se le puso  
Por la similitud en aquel uso.

Es costa de cardones y de espinas,  
Estéril y de secos arenales;  
Gentes que por allí le son vecinas  
En extremo son malas y bestiales,  
A los cuales llamamos los cocinas  
De quien hemos ya dicho grandes males;  
Hay copia de conejos y venados,  
E ya gran muchedumbre de ganados.

Porque la tierra dentro, buenos ratos,  
Hay campos estendidos, grandes llanos,  
Do muchos tienen hoy muy grandes hatos,  
Mayormente Miguel de Castellanos,  
A quien de ricos tractos y contratos  
La fortuna le dió llenas las manos;  
Faltan ya para él indios de guerra,  
Y no le sirven mal los de la tierra.

Hicieron pues aquí sus vecindades  
Gente que de Cubagua procedia,  
Compelidos de las necesidades  
Causadas por faltar la granjeria,  
De perlas, de que grandes cantidades  
Un tiempo por aquella mar habia,  
Y acá se prometian copia harta  
Por noticia de los de Santa Marta.

Es Diego de Paredes buen testigo,  
Soldado del primer descubrimiento,  
A quien conozco yo por gran amigo  
Y en Tunja tiene buen repartimiento;  
El cual yendo á hacer cierto castigo  
En los indios cocinas que ya cuento,  
Vió de sartas de perlas buena trama,  
Y desde entonces se tendió la fama.

Mas porque ciegamente no se mueva  
De Cubagua la dicha granjeria,  
Pero Rüiz de Tapia gente lleva  
Y hizo cata donde se decia:  
Halló tan buena muestra, que la nueva  
No pareció ser vana ni baldia;  
Y así la nueva Cáliz y sus hijos  
Hicieron muy solemnes regocijos.

Crece placer y nacen nuevos brios  
Con las nuevas que dan descubridores;  
Apréstanse canoas y navios  
Y gran suma de indios pescadores,  
Con todos los pertrechos y atavios  
Necesarios á nuevos pobladores;  
Y al olor de riquisimos hostiales  
Salieron muchas casas principales.

La del mariscal Diego, caballero,  
La del jurado Joan de la Barrera,  
Potentes en haciendas y en dinero,  
Con otros muchos que en aquella era  
En tractos de caudal sano y entero  
Corrian prosperisima carrera,  
Tanto que los criados fueron amos  
De muchos hombres nobles que llamamos.

Y la del tesorero Castellanos,  
Ansimismo Bartolome Carreño,  
De quien el alabanza de mis manos  
Y el mas alto loor será pequeño;  
Pedro y Diego de Almonte, dos hermanos,  
Ya poseidos del eterno sueño;  
Alonso la Barrera, Alonso Diaz,  
De gran valor en estas compañías.

Un Alvaro Beltrán, varon muy dino  
Del mas alto lugar en alabanza,  
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,  
De quien se hizo grande confianza,  
Cuyas familias en aquel camino  
Eran de crecidisima pujanza;  
Un Martín Lopez, un Pedro de Cales,  
Entrambos capitanes principales.

Con treinta y ocho años tres quinientos  
Corrian ya de la cristiana lumbre,  
Quando de los preciosos ornamentos  
Tuvieron en Cubagua certidumbre,  
Y cuando muy alegres y contentos  
En busca dellos va gran muchedumbre,  
Con armas y pertrechos necesarios  
Para se defender de los contrarios.

Estiéndense las velas á los vientos  
Y el acuoso camino se despacha;  
Llevólos donde lleva sus intentos  
La que las menos veces es sin tacha;  
Saltan en tierra, hacen sus asientos  
Entre el Cabo y el rio de la Hacha;  
A caballo y á pié gente de guerra  
Se velan de los indios de la tierra.

Gran pueblo se trazó luego á la hora,  
Partidos por buen orden los solares,  
El nombre del cual fué Nuestra Señora  
De los Remedios, por los que estos mares  
Dieron, por ella ser intercesora,  
A la gran devocion destos lugares,  
Donde se descubrió tan gran riqueza  
Que no puede medirse su grandeza.

Nombran alcaldes hombres de gran cuenta,  
Segun el orden que antes se tenia,  
Por tener en las partes do se asienta  
Jurisdiccion por sí la granjeria,  
Y es de gobernador libre y exenta  
Estando (donde quier que se desvia)  
Subyectos al audiencia del distrito,  
Con diez leguas ó mas de circüito.

Segun consta por cédulas reales,  
Con otras eminencias que no junto,  
Tiene también por sí sus oficiales,  
A cuyo cargo es el real quinto;  
No cuento lo que dan estos hostiales,  
Por ser inextricable laberinto;  
Mas aquel tracto suele comunmente  
Enriquecer gran número de gente.

Hallaba pues la indica cuadrilla  
Muy pobladas de conchas las arenas,  
Pues para proveer la redcecilla  
Cualquier placel les dá las manos llenas,  
Perla comun, aljófar, cadencilla  
De todas suertes y otras piezas buenas;  
Hincen las arcas, crecen los contentos,  
Y con el gran caudal los pensamientos.

Luego la fama da pregones gratos,  
Certificándolos con evidencia;  
Aumentanse los tractos y contratos;  
Acude de navios gran frecuencia;  
Hay regocijos y apacibles ratos,  
Gran amistad, amor, benevolencia;  
Fueron en general estos vecinos  
Refugio de los pobres peregrinos.

Alli siempre halló favor y ayuda  
Cualquiera que llegó necesitado:  
La pobre, la doncella, la viuda  
Tuvo dote y honor y buen estado,  
Con tal munificencia, que sin duda  
Nadie salió de allí desconsolado;  
Y el peregrino que buscó posada  
Nunca jamás halló puerta cerrada.

Con voluntad á todos entrañable,  
Caritativa, generosa, franca,  
Dulce conversacion, grata y afable,  
En todo buen aviso nada manca,  
Cada cual un aspecto venerable,  
Con tal autoridad de barba blanca,  
Que parecian estos pobladores  
Consortio de romanos senadores.

Mas no tentados de mundanos fastos,  
Pues el de mas soltura fué subyeto  
A términos honestos, limpios, castos,  
Segun pide la vida del discreto:  
Todos tenian escesivos gastos,  
Porque todo venia de acarreto,  
Y aun hasta el agua les costaba cara,  
Por ser la tierra della muy avara.

Pues de jaqueyes de do se traia,  
Eso me da en invierno que en verano,  
No con pequeño riesgo se cogia,  
Y siempre con las armas en la mano,  
A causa de que bien la defendia  
El indio lleno de furor insano:  
Hartas veces volvió gente herida,  
Y aun algun español perdió la vida.

Y así, cuando venian al aguada  
Los indios ó los negros arrieros,  
Para los defender del emboscada  
Y asalto de los bárbaros flecheros,  
La gente de caballo bien armada  
Descubria las matas y senderos,  
Asegurándolos desta contienda,  
Hasta que ya hacian su hacienda.

Y adonde quiera que se descubria  
Hostial que prometia mas ganancia,  
Asentaban de nuevo rancheria  
Algunas veces larga la distancia  
Del pueblo principal que se tenia,  
Guardándose con toda vigilancia,  
Hasta que ya cesaron estos daños  
Por la continuacion de muchos años.

Y el de cuarenta y cuatro ya llegado,  
Para mejor gobierno destas greyes  
El César invictísimo, sagrado  
Monarca de los principes y reyes,  
Envió desde el otro potentado  
A este nuevo mundo nuevas leyes,  
Entre las cuales una prohibia  
Estar indios en esta pesqueria,

Por la gente que en ella perecia,  
Y ser vida de grandes aflicciones,  
En agua sumergidos en el día,  
Las noches en cadenas y prisiones;  
Lo cual, como remedio requeria,  
Se cometieron las ejecuciones  
A fray Martín, obispo desta gente,  
Del reino y Santa Marta juntamente.

El cual, segun ya queda referido,  
Llegó de su naufragio mal parado;  
Fué desta noble gente socorrido,  
Y aun no sé si me diga cohechado,  
Pues nada del negocio cometido  
Quiso mudar de su primer estado:  
Murmuraciones hubo no pequeñas,  
Que dávalas al fin quebrantan peñas.

Y aun hubo destos indios que decimos  
Quien al obispo dijo con querrela:  
«Si mis padres, hermanos y mis primos,  
Con dulce libertad guian su huella,  
¿Nosotros qué delito cometimos  
Para que carezamos siempre della?  
Saber sacar aljófar infinito  
Sin duda debe ser nuestro delito.»

» Si por el rey está ya libertado  
Cualquier indio de aquesta monarquia,  
Los que tantas riquezas han sacado  
Bien merecen la carta de alborria.  
¿Qué vendabal te dió que te ha mudado?  
¿Qué brisa trastrocó tu fantasia?  
¿Venias publicando buenas bulas,  
¿Y agora que ves perlas disimulas?»

» Liberta los idólatras insanos  
Quien tiene destas Indias los imperios,  
Y nosotros que somos ya cristianos  
Nos quedamos en estos captiverios.  
Untáronte las palmas de las manos,  
Porque no pueden ser otros misterios:  
Coge de todos, date buenas mañas,  
Que yo te digo que tu alma engañas.»

Esto dijeron indios balbucentes  
Al obispo, no menos que en presencia,  
O razones que son equivalentes,  
Sin que mudemos dellas la sentencia;  
Pero ricos sobornos destas gentes  
Su cordura volvieron en demencia,  
Y así, sin mejorar los querellantes,  
Se quedaron captivos como antes.

Después, pasados diez ó doce meses,  
Llegaron á la costa cierto día  
Navios bien armados de franceses  
A fama de la rica pesqueria:  
Tenian mas pavores que pavese  
Los de la castellana compañía,  
Y así desamparaban las arenas  
Dejándose las ricas tiendas llenas:

Huyendo los criados y los amos,  
Por faltar de defensa los arrimos;  
Y en esta confusion de que tractamos,  
Se halló con la gente que decimos  
El general del reino donde estamos  
Y fundador de Tunja, do vivimos,  
Que es Gonzalo Suárez, muy bastante  
Para cualquier negocio semejante.

El cual mostró por hechos y por boca  
Sagacidad y pecho de valiente,  
Pues para su defensa los provoca,  
Usando de caudillo diligente,  
Supliendo faltas de la fuerza poca  
Con una astucia harto conviniente,  
Y fué hacer enarbolar bandera  
Y recoger la gente cuanta era.

Y no fué tan baldío su trabajo  
Con el ardid que luego contaremos,  
Que no fuese de males gran atajo  
En la desproporcion destos extremos;  
Pues hizo luego con el espantajo  
A los franceses suspender los remos:  
Juntó pues españoles desta gente  
Setenta, y á caballo como veinte.

Con lanza cada cual y con adarga,  
Y con los indios de la granjeria,  
La playa destos términos embarga,  
Puestos en orden como convenia,  
Con flechas, y otros una vara larga  
Que desde lejos pica parecia;  
Y de indios y negros hecha cuenta  
Eran mas de trescientos y cincuenta.

Detiene sus bateles el pirata  
Viendo llena de gente la ribera,  
Y así de tal manera se recata  
Que le pareció bien mirar de fuera;  
Y desde su patax ó su fragata  
Enarbó de paz una bandera:  
A los indios el español esconde,  
Y con la misma paz se le responde.

Cada cual de las partes dió rehenes;  
Hubo rescates sin poner estanco;  
Truecan cosarios los robados bienes  
Por perlas aquellos llaman coral blanco;  
Y acabadas las ferias solenes  
Quel español propuso con el franco,  
Dan los cosarios velas á los vientos,  
Quedando los de tierra muy contentos.



Pero como ya vieses descubiertos  
Caminos á canalla tan borracha,  
Para poder estar mas encubiertos  
A buscar el remedio se despacha;  
Y así luego poblaron otros puertos  
Mas abajo del rio de la Hacha,  
Do llaman la Barranca, campos buenos,  
Del rio media legua y algo menos.

Donde sin centinelas ni reguardo  
Por un poco de tiempo se reposa,  
Por ya no parecer flecha ni dardo  
De la gente crüel y belicosa;  
Y en el mismo lugar pobló Luis Pardo  
Un pueblo que llamó Villaviciosa,  
Que fué por don Alonso Luis de Lugo,  
Por ponelles encima cierto yugo.

Esto fué por el año señalado;  
Mas ellos sin perder su señorío,  
El de cuarenta y cinco demediado,  
El asiento mudaron mas al rio,  
O por ser puesto mas acomodado,  
O por cumplir hacer este desvío,  
Con el renombre de Nuestra Señora,  
Con el cual permanece hasta agora.

Hay campo por allí muy estendido,  
Ya poblado de vacas y de yeguas,  
Cuyo compás se ve que mar ha sido  
Por espacio de dos y aun de tres leguas,  
E ya de tal manera retraido  
Que tiene para siempre hechas treguas,  
Dejando gran espacio descubierto  
Desde donde residen, que es el nombre.

Y así por las cabañas y el aprisco  
Do pastan los ganados destas gentes,  
Se ven muchas horrruras, mucho cisco,  
De marinas menguantes y crecientes,  
Y aquí y allí montones de marisco,  
Con otras muestras claras y patentes,  
Por do conocerá quien puede vello  
Ser mar antiguamente todo ello.

Algo después las gentes peregrinas,  
Viendo las perlas ya menoscabadas,  
Determinaron ir á buscar minas  
A las faldas de las sierras nevadas,  
Por estar á sus playas muy vecinas,  
Y de tiempos antiguos afamadas,  
Y ser de oro número crecido  
El que de sus confines ha salido.

Era Pero Fernandez, zapatero,  
Por ser de Santa Marta mas antiguo,  
La guía del aurífero venero,  
Vendiéndose de vista por testigo:  
Determinaron ir con él primero  
A se certificar de lo que digo  
Diego Nuñez Beltrán con gente diestra,  
Y en efecto trajeron buena muestra.

Luego se despachó gente de guerra  
Con armas de algodón y duro fardo:  
Unos fueron por mar, otros por tierra,  
Con debidos avisos y resguardo;  
Los que por tierra van acia la sierra,  
Por capitán llevaban á Luis Pardo,  
Y del bagax que por la mar camina  
Iba por capitán Blas de Medina.

Los de tierra se van por la marina,  
Peon y caballero bien armado;  
Vimos el gran compas de la salina  
De Tapé proveida de pescado,  
Que por su cantidad es cosa dina  
Hacer della mención este tractado,  
Pues es general pesca los veranos  
De todos estos indios comarcanos.

Hinchese de la mar adonde toca,  
Mediante los influjos y crecientes,  
Y en el verano ciérrase la boca  
Al tiempo que los soles son ardientes;  
De sal se cuaja cantidad no poca,  
Y allí dentro de castas diferentes  
Infinidad de pejes ahogados,  
Que sin mas los salar quedan salados.

Acude turbamulta comunmente  
O con su capitán ó con su jeque,  
Cogen lo que parece conviniente,  
O ya para comer, ya para trueque,  
Sacándole las tripas solamente,  
Al sol lo tienden para que se seque:  
Es de tan buen sabor, que lo mas malo  
Se podría tener por buen regalo.

Prosiguiendo después nuestro camino,  
E yo con mi caballo bien armado,  
Al rio se llegó de Palomino,  
Donde cierto creí ser ahogado  
Corriendo tras el bárbaro vecino,  
Sin mirar lo seguro deste vado;  
Y aun el rio no vi haciendo esto  
Hasta tanto que encima me vi puesto.

Y por amedrentar aquella gente,  
Que para resistencia se despierta,  
Entré sin mas mirar inconveniente,  
Y do pensé hallar salida cierta  
El rocín atacó hasta la frente,  
Por ser la playa de un arena muerta:  
Hurtéme del caballo por un lado,  
Y salgo bien mojado y enlodado.

La lanza sin dejalla de la mano,  
El espada también iba ceñida:  
Los indios desampararon aquel llano,  
Y todos se pusieron en huida.  
Juro como católico cristiano,  
Que viendo tan gran riesgo de mi vida,  
Me ocurrió la muerte de aquel hombre  
Por quien el rio tiene puesto nombre.

Pues fué también en aquel mismo vado,  
En el lugar y de la misma suerte,  
Encima del caballo bien armado,  
Y sin llevar recelo de la muerte:  
Varon en Santa Marta celebrado  
Por diestro, valeroso, suelto, tuerte;  
Si vivo, diré del grandes hazañas  
Que ciertamente son cosas estrañas.

El engaño pues visto del arena,  
Tan grande y inanimado detrimento,  
Escarmentados en cabeza ajena,  
Mas arriba mudaron el intento,  
Donde hallaron una parte buena  
Por do pasaron todos á contento;  
Otro día pasamos adelante  
Por Marona, que está poco distante.

Paso por todas partes mal abierto  
Que con dificultad pueden pasallo,  
Donde se despeñó por mal concierto  
Al capitán Luis Pardo su caballo,  
Y no pareció mas vivo ni muerto  
Ni fué cosa posible procurallo,  
Porque hasta la mar á donde vino  
Había mil estados de camino.

Después de ya romper camino ciego  
Y fatigada ya cualquier persona,  
A la playa del mar bajamos luego  
Dejando las malezas de Marona:  
Pasamos otro rio de Don Diego,  
Que nace de los valles de Tairona,  
Y pasamos también á la bajada  
El paso de la peña horadada.

En confianza de otros alimentos  
Allegamos al rio de Guachaca,  
Pasamos y hicimos los asentamientos  
En parte que se dice Buritaca,  
Ancon mal amparado de los vientos,  
Entrete rio y el de Mendiguaca;  
Y el día que llegamos á los rios,  
En el mismo llegaron los navios.

Y porque ya la noche se venía,  
No se desembarcó nuestro rebaño  
Ni pudo la cansada compañía  
Satisfacer á su hambriento daño;  
Mas esperábamos la luz del día  
Para sacar el vientre de mal año,  
Y fué desvanecido pensamiento  
Por tempestad de pluvias y de viento.

Brama la mar y húndese la sierra  
Con impétus lluviosos y nocivos,  
Porque de sus cavernas desencierra  
Los vientos que Eolo tiene captivos,  
Tanto que los que estábamos en tierra  
Nunca pensamos amanecer vivos:  
Los de la mar con vida mas incierta,  
Por tener los navios sin cubierta.

Pasa por cima dellos el olaje  
Embistiendo los indios y cristianos;  
Desnudan todos ellos el ropaje,  
Y andan en jamurar listas las manos;  
Alijan parte del matalotaje  
Para hacer los barcos mas livianos,  
Y en medio de la dicha diligencia  
Invocan la divina Providencia.

A una india que halló frontera  
Golpe movido del profundo centro,  
Del barco donde va la sacó fuera  
Con un terribilísimo recuento;  
Mas otro golpe vino de manera  
Que con él se halló metida dentro,  
Y entrestos furiosos embarazos  
Nunca soltó su hijo de los brazos.

Admiróse la gente castellana  
No viendo de quien fuese socorrida;  
Mas escapóla fuerza soberana,  
Y á ella y á su hijo les dió vida,  
Por ser una católica cristiana  
Y en cosas de la fe bien instruida;  
Y aun otros indios con exclamaciones  
Edifican cristianos corazones.

Y así ni mas ni menos cierto día  
En otro riguroso detrimento,  
Un indezuelo y una india mia  
Me movieron á tierno sentimiento,  
Viéndolos invocar la Virgen pia  
Ambos con un fervor vivo y atento:  
Del peligro grandísimo que digo  
Vivo tenemos hoy algún amigo.

Este es Domingo Félix, hoy vecino  
En la noble ciudad de Cartagena,  
Que como navegante peregrino  
Participaba de la misma pena;  
Y escapónos un indio muy ladino  
De no dar al través en el arena:  
Decíase Perico de Carmona,  
Y esto fué cabe el paso de Marona.

El arraez determinó primero  
Dar al través á do se representa,  
Y el indio que nos fué buen compañero  
Le dijo con desdén y por afrenta:  
«Oh! Juan Beltrán! ¿y vos sois marinero?  
¿Del barco quereis dar tan buena cuenta?  
¿Y podreis escapar vos con la vida  
En resaca de tumbo tan crecida?»

» En buena fe, tenéis muy buena loa  
Entre las alabanzas españolas.  
Señores, si surgimos la canoa,  
Yo pienso de libraros á mis solas  
Con gobernar y componer la proa  
Al impetu terrible de las olas,  
Y desta hinchazon y detrimento  
Saldremos en soplando cualquier viento.»

Porque la furia toda fué de calma,  
Con olas tan inmensas y estendidas  
Que ponian desmayos en el alma  
Y en grandísimo riesgo nuestras vidas,  
Dimos al indio pues aquella palma,  
Mediante las razones referidas;  
Surgimos, y la mar cuando venia  
Los miserables cuerpos embestia.

Lloraba cada cual su desventura,  
El rostro sin color y lacrimoso,  
Por no bastar esfuerzo ni cordura  
En alboroto tan calamitoso,  
Do tiene mas valor quien mas jamura,  
Sin tomar un momento de reposo.  
«Oh cuántas veces dije miserere  
Con mayor turbacion que se requiere!»

Ningun verso del salmo concluía,  
Y en la pronunciacion como beodo;  
E una vez que ya lo proseguía  
Segun mi parecer de mejor modo,  
Cuando *asperges me Domine* decía,  
Un gran golpe de mar me cubrió todo:  
Cesó la boca de su movimiento  
Quedando sin vigor y sin aliento.

No quedó menos todo nuestro bando,  
Faltos ya de palabras y aun de señas,  
Los cabellos y barbas destilando  
Gotas amargas nada halagüeñas;  
El barco demás desto va garrando  
A dar en medio de las duras peñas:  
Avíanse los gritos y clamores,  
Y crecen los mortíferos temblores.

No quedando ya mas que la camisa,  
Desconfiados de la carabela,  
Como vieses ventar alguna brisa  
Dije: «Leva reson, guinda la vela,  
Que ya nuestro remedio se divisa,  
Y la Virgen y Madre nos consuela.»  
La vela se guindó lijeramente,  
Y así salimos del inconveniente.

Cuando nos viamos en la presura  
Díonos alivio grande ser de día;  
A estotros por la noche ser obscura  
Doblada confusion los afligia;  
Y así por parecелles ser cordura  
Del puerto cada uno se desvia,  
Mil cosas alijando de la carga  
Para poder salir á la mar larga.

Necesidad les daba priesa harta,  
Aunque todos confusos y turbados,  
Para que cada cual navio parta  
A buscar puertos menos alterados:  
Arribaron al fin á Santa Marta  
Ellos y los navios mal parados,  
Y aunque con el rigor que represento  
Todos los llevó Dios en salvamento.

Después que ya llegó la luz del día,  
Sin dejar de llover el turbio cielo,  
Toda la fatigada compañía  
De aquellos que hollábamos el suelo,  
Viendo que ningún barco parecía  
Quedamos con terrible desconsuelo,  
Creyendo nuestras gentes españolas  
Ser consumidas de las bravas olas.

Estando todos pues desta manera,  
Los ojos en la mar asaz despiertos,  
Fuémosnos perlongando la ribera  
Mirando bien las playas destes puertos,  
Para ver si la mar echaba fuera  
Madera, ropas ó los cuerpos muertos,  
O ya reconocer señal alguna  
Por do se conociese su fortuna.

Prosiguiendo la playa y el camino  
Todos los mas á pié y á paso tardo,  
En la resaca vimos un tocino  
Que fastidio ninguno dió su lardo;  
También una borracha de buen vino  
Que vió Juan Pardo, hijo de Luis Pardo,  
Bien atada la boca y ella llena  
Al rebalaj del agua y del arena.

Los que llevábamos la delantera  
Holgámonos de ver tan buen encuentro,  
Y estando muy mojados por defuera  
También nos remojamos por de dentro;  
Pero por ser allí gente guerrera,  
Volvímos temerosos de recuento  
Donde quedaba nuestra gente junta,  
Que es donde la bahía hace punta.

Y así como no viésemos señales  
De muertos en aquellas confusiones,  
Juzgábamos que los mayores males  
Habían sido las alijaciones,  
Y estar, segun juicios principales,  
Metidos en los mas bajos ancones;  
Y hasta que hiciesen su venida  
Determinamos de buscar comida.



Fuimos una docena de españoles  
Por aquel arcabuco mas cercano,  
Porque para subir á los peñoles  
Era bien necesaria mayor mano;  
Descubrimos auyamas y frisoles,  
Razonable manjar, aunque liviano,  
Pero sin sal es cosa muy sandía,  
Y esta del mar hacerse no podia.

Bien que de agua salada se hiciera,  
Mas era menester haber navios,  
Por estar dulce toda la ribera  
De las crecientes grandes de los rios:  
En precio se tenia la salmuera  
De tasajos que no daban hastios,  
Y pareceros ha gran disparate  
Faltar la sal adonde la mar bate.

A lo menos faltaban las sequias,  
Pues podemos decir por cosa nota  
Que por tiempo de seis ó siete dias  
Ninguno de nosotros bebió gota,  
Y pienso que el manjar que se comia  
Hacia toda sed estar remota;  
Mas sé con todo esto que la urina  
A todas horas era muy continua.

A cabo ya del catorceno dia,  
Estando todos con congoja harta,  
Vimos de indios cierta compañía  
Que venia de acia Santa Marta,  
Que para dar aviso nos traia  
De los de las canoas una carta,  
Diciendo que tuviésemos por cierto  
Estar sanos y salvos en el puerto.

Mas sus vecinos, no sé por qué vias,  
Habian hecho cierto pedimento  
Al docto licenciado Miguel Diaz,  
Entonces morador en el asiento,  
Espresándole muchas demasias  
Si no nos perturbasen el intento;  
Mas por el pedimento ser injusto  
No nos dió pesadumbre ni disgusto.

La sobredicha nueva y el consejo  
A mí me lastimó mal el oido,  
Por me tener allá mi caudalejo  
Con inmensos trabajos adquirido:  
Y así visto de guias aparejo  
De los que con las cartas han venido,  
Determiné con ellos ir por tierra  
Estando la mayor parte de guerra.

Hecimos del ladrón fiel amigo,  
Atrevimiento de salud siniestro;  
Juan Pardo solamente fué conmigo,  
Soldado de la tierra harto diestro,  
Partimos con los indios que ya digo,  
Fiando de tan infido cabestro,  
Por ser de Bonda, malos y crüeles,  
Mas haciéndoles bien fueron fieles.

Prosiguiendo pues nuestro desatino,  
A causa de ser tierra rebelada,  
En un dia volamos el camino  
Que fueron quince leguas de jornada,  
Con reparar en partes que convino  
Resguardarnos de gente derramada;  
Pero temor hacia pies lijeros  
Por sierras y asperisimos oteros.

A Concha fuemos por hacer represa  
De lo que en Santa Marta sucedia,  
De cuya digresion nada nos pesa,  
Porque hallamos buena compañía  
De Francisco Rüz y Luis de Mesa,  
A quien yo de Cubagua conocia,  
Los cuales me dijeron al instante  
Ir ya nuestras canoas adelante.

Reposamos la noche, y otro dia  
Nos embarcamos para Buritaca  
En la canoa que Rüz traia,  
Yendo por puertos libres de resaca,  
Hasta tanto que yo hallé la mia  
En el ancon que dicen de Gairaca;  
Y luego con buen tiempo caminamos  
Hasta llegar al puerto que dejamos.

Con gran placer hollamos el arena,  
Libres, bendito Dios, de todos males,  
Por hallar ya la playa mas serena,  
Absentos furiosos vendavales;  
Mas á mi se me dió fraterna buena  
Por Tapia y otros hombres principales,  
La cual consideré con justo peso,  
Reconociendo bien mi poco seso.

Hecimos ranchos pues en la marina,  
Que muy poco compás desocupaba,  
A causa que la gente peregrina  
Otro lugar mas apto no hallaba,  
Porque la tierra por allí vecina  
De todas partes es montaña brava,  
Y no tenia para fundar casa  
Un solo palmo de zavana rasa.

Mas cerca de la playa donde digo,  
Como dos ó tres tiros de ballesta,  
Asiento fué de pueblo muy antiguo,  
Y entonces espesísima floresta:  
Para defensa pues del enemigo,  
Por ser aquella parte mas dispuesta,  
Cortamos grandes árboles sombríos,  
Y allí fundamos casas ó buhios.

Rompiéronse los montes y riberas  
Del rio de Guachaca circunstante,  
Tantas y tan espesas cañaveras  
Que no se vido cosa semejante,  
Donde se dieron buenas sementeras  
Por ser tierra viciosa y abundante;  
Mas daban pesadismos desdeñes  
Mosquitos rodadores y jejenes.

Llagadas las orejas y aun tobillos  
De todos los esclavos y sirvientes,  
Los rostros consumidos y amarillos,  
Pecosas las mejillas y las frentes,  
Aunque todos andaban con capillos  
Segun los que se ponen penitentes,  
Abiertos solamente por do vian,  
Y por allí también los afigian.

Luego vino de paz aquella gente  
Que por esta frontera residia,  
Y aunque nos recelamos de presente,  
Segun en tierra nueva convenia,  
Guardándoles la paz bastantemente  
En ellos hubo toda cortesía;  
Y rescatando sus mantenimientos  
Volvian satisfechos y contentos.

De miel era lo mas que se traia  
Pequeñas calabazas no bien llenas,  
A causa de quel bárbaro tenia  
Una cierta manera de colmenas  
De dentro de la casa do vivia,  
Abejas grandes, mansas y tan buenas  
Que carecen de aquellos aguijones  
Que lastiman y causan hinchazones.

En el árbol también hay abejera  
Con abejas de casta diferente,  
Y en el labrar diversa la manera  
De aquel panal de castellana gente;  
Mas son bolsas y cóncavos de cera  
Do la líquida miel está patente,  
Y en partes hay de miel tal abundancia  
Que no deja de ser buena ganancia.

Al menos en los llanos hallan tanta,  
Que sus vecinós no tienen deseos  
Del Himeto, que musa vieja canta,  
Ni del dulce licor de los hibleos;  
Y es porque por allí cualquiera planta  
Imita las que tienen los sabeos,  
Donde demás del singular incenso  
Este licor se dice ser inmenso.

Mas líquida miel es que de Castilla,  
Mas á mi parecer no tan perfeta,  
Pero medicinal á maravilla  
Segun por esperiencia se decreta:  
Cera nunca la vimos amarilla,  
Ni por acá se saca sino prieta;  
Miel se suele tornar aceda luego,  
Y aquesto se remedia con el fuego.

Esto deben causar las influencias  
O cualidad de montes ó de breñas,  
O de abejas las muchas diferencias,  
Pues hay grandes, menores y pequeñas,  
Hasta tener de moscas apariencias,  
En árboles y cóncavos de peñas:  
Acúleos no tienen, mas sin ellos,  
Se pegan á las barbas y cabellos.

Y son tan importunas y tan prestas  
En el acometer á todas cosas,  
Que no dejan de ser algo molestas  
Y en todo cuanto pueden enojosas:  
También hay por los valles y florestas  
Unas avispas grandes venenosas,  
Cuya herida vemos ser durable  
Y altera con dolor intolerable.

De las melificas ninguna daña,  
A lo menos con tanta pesadumbre:  
Tienen gobierno como las de España,  
Y poco diferentes en costumbre;  
Todas ellas se dan muy buena maña  
En el multiplicar su dulcedumbre:  
Tienen sus capitanes ó sus reyes,  
Sin violar el orden de sus leyes.

Conocen sus asientos ó cortijos,  
Y si caminan lejos, los atajos;  
Comunes las moradas y los hijos,  
Comunes ansimismo los trabajos,  
Los pastos, los placeres, regocijos,  
Todos sus desenfados y gasajos:  
En la solicitud, en el meneo,  
Es una voluntad y es un deseo.

Están subyectas todas á gobierno,  
Y tal que no parece ser insano,  
Pues para los sustentos del invierno  
Trabajan en el tiempo del verano:  
Unas recogen de la flor lo tierno;  
Otras en el recibo tienen mano;  
Eso me da de noche que de dia,  
Conservan amistad y compañía.

Entre tanto que van las unas fuera,  
Las que quedan componen materiales,  
Y hacen habitáculos de cera;  
Otras sacan sus nuevos animales,  
Otras reguardan la comun carrera,  
Otras anuncian turbios temporales,  
Y en barruntando tales avenidas  
Se están dentro de casa recogidas.

Defienden sus trabajos y haciendas  
Si las quieren robar sus adversarios;  
Tienen también sus guerras y contiendas  
Si se juntaron dos bandos contrarios;  
Y el polvoroso viento pone riendas  
En alborotos tan tumultuarios,  
Do, segun el coraje de su Marte,  
Escepta lluvia, nadie fuera parte.

Escogen el lugar menos nocivo  
Para vivir en orden y concierto.  
¡Válgame Cristo, hijo de Dios vivo,  
Y con cuánto descuido me divierto,  
Al sabor de la miel, en lo que escribo,  
Por la que rescatamos en el puerto!  
Quiero, quiero volver mi pluma flaca  
Al pueblo do parti, que es Buritaca.

Eramos todos pues de condiciones  
Tan blandas con el bárbaro vecino,  
Que hasta de los mas bajos ancones  
El contrato teníamos continuo,  
Y sin hallar en él perturbaciones,  
Se frecuentaba bien aquel camino,  
Hasta que Ursúa revolvió la tierra,  
Y con su daño la dejó de guerra.

Pues antes el cobarde y el valiente  
Por los pueblos pasaba sin rodela,  
Y desde Santa Marta yo sin gente,  
Como quien el peligro no recela,  
Con solo mi caballo y un sirviente  
Fué y vine hasta el Cabo de la Vela:  
Calderon de la Barca, que es amigo  
Destos negocios, me será testigo.

El cual también anduvo la jornada  
Hecha sin el recato necesario,  
Y este riesgo corrió Juan de Cañada  
A quien hoy tiene Tunja por vicario,  
Cuya virtud de todos estimada  
Elogio merecia no sumario;  
Mas son las semejantes valentias  
Cierto hervor de juveniles dias.

Otras temeridades peregrinas  
Por parecer dudosas no decimos,  
Y en parte no parecen ser indinas  
De la tener en esto que escribimos;  
Mas cumple ya labrar aquellas minas,  
Que fué lo principal á que venimos,  
Conmovidos de voz que no fué flaca  
Para ver las corrientes de Guachaca.

En cuyo compás hay ciertas quebradas  
Que de cercanos altos vienen llenas,  
Y manifiestan siendo cateadas  
Cómo crian también doradas venas  
Aquellas faldas de sierras nevadas,  
Cuyo impetu roba las arenas,  
Por venir muy enhiestas las corrientes,  
Y ser lo bajo cumbres eminentes.

Y hay hasta lo mas alto tales ratos  
Donde la nieve ven perseverante,  
Que tengo por menor al monte Atos  
Y aquel que se nombró del rey Atlante:  
La nieve, dicen hombres insensatos,  
Ser piedra blanca, clara, rutilante,  
Aunque por ojos y razon se pruebe  
Ser lo mas alto verdadera nieve.

Y así con tiempos claros y serenos,  
Bien mirada la cumbre donde toca,  
A veces vemos mas á veces menos,  
Unas veces hay mucha y otras hay poca  
Por derretirse parte de sus senos,  
Y aun para confundir opinion loca  
Veremos en los tiempos mas lucidos  
Venir los rios claros y crecidos.

Luego pues nuestra gente determina  
Con negros y con indios y gran grita  
De labrar la quebrada mas vecina,  
Cerca del pueblo dicho Maconchita:  
Cada cual sus cuadrillas encamina,  
Y fuemos al lugar que se recita,  
Cuyas alturas son de tal manera  
Que se sube lo mas por escalera.

Escepto pasos, no tampoco llanos,  
Sino mesas que no son tan enhiestas;  
Mas escalones van hechos á manos  
(En las que son insuperables cuevas  
Que no pueden subir los pies humanos)  
De las grandes anchas bien compuestas,  
Y escalas hay que tienen reventones  
De mas de novecientos escalones.

Muchas en estas sierras son mayores;  
Y en partes prolijisimas calzadas,  
No faltas de grandezas y primores  
Y de hermosas tajadas enlodadas,  
Que arguyen gran potencia de señores  
Que solian tener sierras nevadas,  
Y en los remates dellas y recuestos  
Hay poderosos mármoles enhiestos.

Llegamos todos pues á la quebrada  
Dicha de Maconchita, cuyos lados  
Tienen por guarnicion Peña tajada,  
El altura de mas de cien estados,  
Y aunque la baja Peña va robada  
Por los lugares mas acomodados,  
Las barras, almocafres, azadones  
Desenvuelven recodos y rincones.

Estaban á la mira castellanos  
Deseando de ver ya los secretos,  
Y en comenzando de mover las manos  
Regocijaronse blancos y prietos,  
Por descubrir allí tan buenos granos  
Que movieran los pechos mas quietos;  
Y así cada cual viendo las señales  
Se prometia prósperos caudales.



El uno va cantando y otro salta  
Al son de sus placeres y contentos,  
Creyendo como debe ser sin falta  
Tierra de prosperados nacimientos,  
A poder subyectar la tierra alta  
Y con seguridad ver sus asientos;  
Porque segun las muestras de riqueza  
Los nacimientos son de gran grandeza.

Pero por carecer de vertederos  
O remansos que tiene tierra llana,  
Y ser soberbios los despeñaderos  
Que contiene la tierra comarcana,  
Granos de los auríferos veneros  
Van á dar á la mar que está cercana,  
Do hasta las arenas van barridas  
Con las impetuosas avenidas.

Antes pues que subamos á lo alto  
Del agua que procede desta breña  
El golpe todo junto hace salto  
Con una decaída no pequeña,  
Y el curso, de rüido nada falto,  
Tiene cavada ya la dura peña  
Y de seis brazas largas pozo hecho,  
La boca y ancho del no muy estrecho.

Y como por allí siempre corria,  
Sin poder declinar por algun lado,  
Y en lo alto del salto se cogia  
Alguna cantidad de oro granado,  
Grandísima sospecha se tenia  
Estar allí gran golpe represado:  
Fué pues Francisco Caro pretendiente  
De desaguar el pozo con su gente.

No faltaron también otros hermanos;  
Y así para hacer lo que refiero  
Siendo bien menester copia de manos,  
A Joan Ortiz tomó por compañero,  
Un tío de Miguel de Castellanos,  
Que no mucho después fué tesoroero:  
El agua no podia ser mudada  
Por ser altísima peña tajada.

Y porque la grandeza del berrueco  
Por ningún modo puede ser rompida,  
Viendo dispusición de tiempo seco  
Canal acomodada fué traída,  
Por cuya longitud y cuyo hueco  
Podia ir el agua recogida;  
Y con solicitud que no fué poca  
La pusieron encima de la boca.

Viendo pues ir el agua por encima,  
Haciéndose riquísima promesa  
Comienzan á vaciar aquella sima  
Con cubos y con baldes á gran prisa:  
El mas acobardado mas anima;  
Hierva la diligencia, que no cesa;  
Anda la obra sin que cesen della,  
De tal suerte que ya hacían mella.

Indios buzos entraron sin recelo  
Al tiempo que los otros lo vertían,  
Mas no pudieron bien mirar el suelo  
Para certificar lo que querían;  
Pero sacaron como por señuelo  
Hojas que de los árboles caían,  
Y entrelas ciertas niguas de buen oro,  
Como por certidumbre de tesoro.

En su prosperidad cada cual piensa,  
Y estando de esperanza todos llenos,  
Obscurísima nube se condensa  
Con furia de relampagos y truenos,  
Y tempestad de lluvia tan inmensa,  
Que se hinchieron cóncavos y senos:  
Quedóse como antes nuestro pozo,  
Y dentro de sus aguas nuestro gozo.

Al fin por estos dichos reventones  
Permanecieron nuestras compañías,  
Sacando por allí dorados dones  
No por pequeño número de dias;  
Después mudamos nuestras poblaciones,  
Y hicimos de nuevo rancherías  
Entre Tapi y el paso de Marona,  
Do tiene pueblo la real corona.

De la costa del mar breve desvío,  
En parte rasa como les conviene,  
Sácanse ricos granos en un río  
Que de San Salvador renombre tiene:  
Allí por dar la tierra buen avío  
La gente peregrina se detiene,  
En los campos tomando propiedades  
Para hacer estancias y heredades.

Nunca nos perturbó gente de guerra,  
Ni fué con malas obras provocada.  
El compás y distancia desta tierra  
Se llama comunmente la Ramada,  
La cual hasta las faldas de la sierra  
Es toda de grandísima llanada:  
Partes son montes, partes campo raso,  
Do toman lo que hace mas al caso.

Un Bartolomé de Alba, después desto,  
Del nuevo reino fué con provisiones  
Para fundar allí pueblo compuesto  
Con las acostumbradas condiciones:  
Nombre de Salamanca le fué puesto,  
Donde duran cristianas poblaciones,  
Por ser aquel lugar al habitante  
De frutos y maíces abundante.

Y los señores de la granjería  
De perlas allí hacen sementeras,  
Y tienen sus estancias todavía  
Por la fertilidad de sus riberas,  
Siempre los indios en la pesquería,  
Por no les dar su libertad de veras,  
Aunque vinieron otras muchas veces  
Para los libertar otros jueces.

Pues demás del obispo ya nombrado,  
Se proveyó Joan Perez de Tolosa,  
Y no mucho después Pablo Collado,  
Ninguno de los cuales hizo cosa,  
Dejándolos en el primer estado  
Y en su captividad calamitosa,  
Con un cierto color y condiciones:  
Tanto pueden las perlas y otros dones.

Hacen al fin que mandes y desmandes  
Y juzgues cosa mala por muy buena;  
Pero después llegó Pero Fernandez  
De Bustos, que gobierna Cartagena,  
Y visto los abusos ser tan grandes,  
Acabó de romper esta cadena;  
Y libre ya la india ralea,  
Sacan perlas con gente de Guinea.

En esto permanecen todavía  
Y permanecerán los sucesores,  
Porque no faltará la granjería  
Entre tanto que oviere pescadores,  
Por ser caudal que siempre la mar cria  
Y allí ser apropiados los humores:  
Costa de agua tan necesitada  
Que no se mezcla dulce con salada.

De la continuacion deste camino  
Diversa pretension mis piés aparta;  
Pero mucho después cierto vecino  
Me dió muy larga cuenta por su carta:  
Cómo don Lope de Orozco vino  
A ser gobernador de Santa Marta,  
Y á poblar envió gente novela  
Mas arriba del Cabo de la Vela.

No dejaron de concebir malicia  
Los de la granjería de presente;  
Mas don Lope, constando por justicia  
A su gobernacion ser competente,  
Y tener demás desto ya noticia  
Haber allí gran número de gente,  
Determinó fundar pueblo con vara,  
El cual no fuera malo si durara.

Llábase la provincia Macoira,  
Tierra de serrezuelas y de llanos.  
La poblacion causó no poca ira  
Al mariscal Miguel de Castellanos:  
Infámalo, mas creo ser mentira  
E invencion de péridos cristianos;  
Pero dicen al fin que por su mando  
Formó rebelion bárbaro bando.

Son intenciones falsas y malinas  
Que no perdonan las mas altas cumbres,  
Pues á guanebucanes y cocinas  
Bastaba para sumas pesadumbres  
Ver gentes castellanas tan vecinas  
Perturbando sus usos y costumbres,  
Para hacer guerreros movimientos,  
Y mas habiendo malos tractamientos.

Esto fué por el año de setenta  
Y siete, poco mas, segun se muestra:  
No fué la poblacion poco sangrienta,  
Por ser la gente della poco diestra,  
Y á guerreros asaltos muy atenta  
La otra de la hárbara palestra,  
En fuerza y en esfuerzo y en aliento  
Potente, y en soltura como viento.

Y dícame Juan Perez, un sillero  
Que paseó los llanos y la sierra,  
Que si se cuentan todos por entero,  
Habrà sobre seis mil hombres de guerra,  
Recogidos en el rincón frontero,  
De diversas naciones de la tierra:  
Confinan todos con el alaguna,  
Y no muchas jornadas, sino una.

Nombró don Lope pues por su teniente,  
Para poblar en esta pertenencia,  
A Hierónimo Lerma, diligente,  
Mas para guerra falto de experiencia,  
Y dos hermanos suyos juntamente  
Criollos y de noble descendencia,  
Y fué su padre Francisco de Lerma,  
Cuya bondad no vimos ser enferma.

Poblaron finalmente los hermanos  
Con otros que podrian ser cuarenta;  
Y por todos los indios comarcanos  
Una sincera paz se representa:  
Y así con el trabajo de sus manos  
El pueblo fabricado se sustenta,  
Do sin adivinar malos reveses  
Residirian como cuatro meses.

Debajo de las cuales amistades  
Los bárbaros feroces les servian,  
Trayendo para sus necesidades  
Aquellos materiales que pedian;  
Pero pasaron importunidades  
A pedilles el oro que tenían,  
Entrando por sus pueblos á buscallos  
Muchas veces sin armas ni caballos.

No todos juntos, pero divididos  
Por asientos y partes diferentes,  
Sin considerar males sucedidos  
De semejantes inconvenientes;  
Y como mozos locos y perdidos,  
Llenos de juveniles accidentes,  
Cada uno se pensaba ser un muro  
Para poder dormir sobre seguro.

Estando pues los Lermas cierto dia  
Entrellos, sin sospecha de su lloro,  
Un principal cacique les traía  
Algunas joyas no de muy buen oro;  
Y el Juan de Lerma que las recibía,  
Con ira, sin guardalle su decoro,  
Con los dones, por vellos no ser ricos,  
Al cacique le dió por los hocicos.

El bárbaro no hizo destemplanza;  
Mas viendo tan notoria deslealtanza,  
Con disimulacion en el momento  
Propuso de tomar llena venganza;  
Y así luego salió del aposento  
Y aperció macana, dardo, lanza,  
Haciendo señas, sin abrir la boca,  
A las cuales su gente se convoca.

No va con tal vigor tras veloz cierva  
El moloso lebel que ven sus ojos,  
Cuanto furor llevaba la caterva  
Para satisfacer á sus enojos:  
Macanas largas, flechas no sin yerba,  
Y dellas crecidísimos manojos,  
Halláronlos con muy quieto pecho,  
Y acaso se reian de lo hecho.

Con el rüido del arremetida  
Pálido sobresalto los despierta:  
Desean los remedios de su vida,  
Y el esperanza saíeles incierta.  
¡Oh cuántas veces piensan su huida!  
Pero fortuna no les daba puerta.  
Al fin salen á ellos como buenos,  
Porque ya no podian hacer menos.

Villana cobardía se desecha  
Del filo del espada castellana;  
Pero su filo no les aprovecha,  
Pues prevalecen golpes de macana:  
No pueden resistir á tanta flecha,  
Ni dellos queda ya persona sana;  
Y así los lleva fiero movimiento  
Como á pajas menudas recio viento.

El impetu fué tal y de tal suerte,  
Que cada cual de vida desespera;  
Mas flacos son los golpes del mas fuerte  
Que de la mas cascada cañavera:  
Murieron treinta y seis de mala muerte;  
Murieran muchos mas si mas oviera.....  
Un muchacho huyó del mortal sueño,  
Que no lo vieron ir por ser pequeño.

Este, que con aliento los piés mueve,  
Pudo ver el lugar recién poblado,  
Donde quedaron solamente nueve;  
Los cuales en negocio tan pesado  
Tomaron el acuerdo que se debe,  
Que fué poner en fuga su cuidado,  
Y á no ser tan veloce la partida  
También partieran ellos de la vida.

Eran la mayor parte chapetones,  
Rústicos labradores y villanos,  
Los cuales en aquestas ocasiones  
Fieron mas de piés que de sus manos:  
De sed pasaron grandes aflicciones,  
Hasta llegar á pueblo de cristianos,  
Adonde procuraron dar cumplida  
Cuenta de la desgracia sucedida.

El caso percebido por don Diego,  
Hijo del buen don Lope que ya digo,  
Pareciéndole mal mucho sosiego  
En ir á castigar al enemigo,  
Con sesenta soldados partió luego  
A las ejecuciones del castigo:  
Pero Ruíz de Tapia lo seguía,  
Hijo del otro desta nombrada.

Con los que van subyectos á su mando  
Entró por las primeras poblaciones,  
Prendió ciertos caciques en llegando,  
Y enviólos en asperas prisiones:  
Después se congregó bárbaro bando  
Para domar cristianos corazones,  
Y acometer feroces y crüeles,  
Segun á ciervos tímidos, lebreles.

Asalto fué no poco riguroso  
Por tomallos un poco descuidados,  
Y con aquel furor impetuoso  
Mataron luego dos ó tres soldados  
Y un docto sacerdote religioso,  
El cual cayó los pechos traspasados:  
Finalmente, demás de los caidos,  
Quedaron otros muchos mal heridos.

En aquesta crüel arremetida,  
Como fortísimo león de Caspia  
Don Diego de Orozco no se olvida  
De su generosísima prosapia;  
Su buen valor ansimismo convida  
Al capitán Pero Ruíz de Tapia,  
Rompiendo con caballos y peones  
Por duros y feroces escuadrones.

Desbarataron la mayor pujanza  
Haciendo cada cual heroicos hechos:  
Sanguinbiento hierro de la lanza  
Traspasa las espaldas y los pechos;  
Pero no fué tan grande la venganza  
Que con ella quedasen satisfechos,  
Mas indica cuadrilla fué rompida  
Y entonces los pusieron en huida.



Pero no por se ver así corridos  
Su furia se mitiga ni resfria,  
Por ser feroces, bravos y atrevidos  
Los bárbaros de aquella compañía;  
Y así los nuestros son acometidos  
Otras dos veces en el mismo día,  
Con tal furor y tan impetuoso  
Que no les daban punto de reposo.

Y en el mayor rigor del marcio fuego,  
Cuando hicieron su postrer venida,  
La mano traspasaron a don Diego,  
Donde quedó la flecha detenida,  
Estorbando la lanza de su juego  
A causa de ser mala la herida;  
Pero con todo esto los rebate,  
Y así cesaron del postrer combate.

Viendo pues enemigo tan molesto  
Y que su gente toda lo recela,  
Determinó salirse con el resto  
Sin querer mas allí hacer candelá:  
E yo también me salgo con aquesto  
De la costa del Cabo de la Vela,  
Por no saber agora desta playa  
Otros negocios mas que nuevos haya.

### HISTORIA Y RELACION

*de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera poblacion. Y esta primera elegia es á la muerte de su primer gobernador que fué don Rodrigo de Bastidas.*

### CANTO PRIMERO.

A Santa Marta llega ya mi pluma,  
Do tractaremos cosas principales,  
Mas no de tal manera que presuma  
Podellas explicar por sus cabales;  
Pero haremos una breve suma  
Tocando las que fueron sustanciales,  
Porque ningun historiador pudo  
Contar todas las cosas por menudo.

Mas en prosecucion de mis intentos  
Haremos relacion con verdad pura  
De casos varios y acontecimientos,  
Ya de ventura, ya de desventura,  
Los cuales me parece que son cuentos  
Dignos de se poner en escriptura,  
E ya muy olvidados de la mano  
De todo coronista castellano.

Provea de favor en la carrera  
Y aparte las obscuras pesadumbres  
Aquella luz y lumbré verdadera  
Que procede del Padre de las lumbrés,  
Siendo la Virgen pura medianera,  
A quien para subir tan altas cumbres  
He suplicado que me dé la mano  
Porque no sea mi trabajo vano.

En aqueste favor pues confiados  
Diremos algo destas poblaciones,  
Las cuales estarán en once grados  
O poco mas, segun hay opiniones:  
A Gaira y Conecha tienen á los lados,  
Con otros que llamamos los ancones,  
Y el puerto principal es de manera  
Que por bueno le llaman la Caldera:

Que de todas tormentas está horro  
Por amparallo dos puntas ó rocas,  
En medio de las cuales hay un morro  
Que forma dos entradas ó dos bocas;  
Y así de navegantes es socorro,  
Seguros bien de las borrascas locas:  
Es puerto limpio, de cabal fondura,  
Y contiene de dentro gran anchura.

Es aquesta marítima ribera  
Montaña de grandísima frescura,  
Y la continuada cordillera  
Allí levanta su mayor altura:  
La gente natural desta frontera  
Ninguna para guerra fué mas dura,  
Tanto, que pongó duda que el de Chile  
Las grandes fuerzas destes anihile.

Tienen flechas y arcos no pequeños,  
Gruesos, y mal labrada la madera,  
Mas por fuerza los hacen ser cimbreños  
Hasta hacer juntar el empulgüera:  
Tanto mal hacen como duros leños  
Si á mantener dan en la mollera,  
Pues su golpe la hace dos pedazos  
Al tiempo que ya vienen á los brazos.

Tan terrible vigor su tiro lleva,  
Que fuera de guerreras confusiones  
A uno le hicieron hacer prueba  
Sobre corazas armas de algodones,  
Y traspasólo todo como breva.  
Siendo de palo puro los arpones:  
Ponen arnés, por ver si lo pasaba,  
Mas en aquel la flecha deslizaba.

El tiro del carcaj va siempre lleno,  
Cuando se ven en bélica porfia,  
De pestilencialísimo veneno  
Que mata dentro de natural día,  
Algunos al tercero y al septeno,  
Con rabia que de seso los desvia,  
Y aun ellos se darian mala muerte  
Si los dejasen solos desta suerte.

Gente de gran vigor de su cosecha  
Es toda cuanta por allí confina,  
Y de mayor valor y mas bien hecha  
Cuanto se acerca mas á la marina:  
Arma comun de todos es la flecha,  
Que pocas veces halla medicina;  
Tiran perdidas ciertas silbaderas  
Por emplear las otras mas de veras.

Vistense de algodón de tela fina,  
Y muchos dellos tienen solamente  
A las espaldas una mantellina,  
Y todo lo demás anda patente:  
A mas honestidad mujer inclina  
La parte que llamamos impudente,  
Con manta de algodón por la cintura,  
Y otra de lo demas es cobertura.

Tienen las hembras buenos pareceres,  
Y por la mayor parte los varones  
Celan en gran manera las mujeres,  
Demás de ser malditos bujarrones:  
Entrellos hay algunos mercaderes  
Y sus maneras de contractaciones  
Con los que están muy dentro de la sierra,  
Que no pequeños términos encierra.

Usan en regocijos y en sus fiestas  
De ricas y galanas vestiduras,  
De plumas admirablemente puestas  
Que forman varias flores y figuras:  
Son gentes entre sí tan deshonestas  
Que las espaldas andan mal seguras,  
Y en cualquiera lugar claro y oculto  
Se hallan muchos Priapos de bulto.

Son cerimoniáticos algunos,  
O todos en grandísima manera,  
Y tienen prolijísimos ayunos  
Por sus hijos ó por su sementera;  
Y entonces solamente los alumnos  
A cosas necesarias salen fuera:  
Carne no comerán de ningun arte,  
Sino pescado por la mayor parte.

Hay en sus muertes un prolijo lloro,  
Do cuentan sus desastres ó venturas;  
Entiérnanse con muchas joyas de oro,  
Segun vimos en muchas sepulturas,  
A las cuales le guardan su decoro  
Segun sus ceremonias y locuras;  
Pues muchas de personas señaladas  
Entrellos suelen ser reverenciadas.

Adoran los planetas y los sinos  
Regocijándose por los otros;  
Hay muchas adivinas y adivinos  
Y grande cuantidad de hechiceros,  
Que dicen un millon de desatinos  
Acerca de los tiempos venideros:  
Dan al demonio lo que no merece  
Pintándolo del arte que parece.

De yucas y maíz es su comida,  
De lo cual ansimismo hacen vinos;  
De fructos es la tierra bastecida  
Silvestres, que no labran los vecinos;  
Es larga serranía y estendida  
Toda de fragosísimos caminos;  
Hay parras por los árboles tendidas,  
De racimos de uvas proveidas.

Aquestas son labruscas naturales,  
Cuyos gustos allí no son inicuos,  
Racimillos pequeños, pero tales  
Que hacen pegajosos los hocicos.  
Los indios de la tierra principales  
Y aun todos los demás eran muy ricos,  
Pues solian hallar tiempo pasado  
Entrellos cuantidad de oro labrado.

Y así con este cebo los varones  
Primeros en correr estas partidas,  
Rescataban de paz por los ancones  
Y volvian las bolsas proveidas:  
Fué principal en estas ocasiones  
El capitán Rodrigo de Bastidas,  
Que en Haiti, do tenia su reposo,  
Se hizo con los tractos caudaloso.

Sus principios no fueron tan profundos  
Cuanto los pintan otros que escribieron,  
Pues que nos consta ser de los segundos  
Que con el inclito Colon vinieron,  
Y no del número de vagabundos;  
Mas uno de los que mejor sirvieron;  
Y así con los navios y á su costa  
Descubrió mucha parte de la costa.

Encumbrándolo mas en pensamiento  
Riquezas, segun tienen de cosecha,  
Esto pidió por adelantamiento,  
Y por el rey le fué la merced hecha,  
Señalándole limite y asiento  
La costa de la mar via derecha  
Hasta llegar al Cabo de la Vela,  
Y norte sur lo que la tierra cела.

Año de veinte y seis sobre quinientos  
Llegó con buena copia de soldados,  
Tan escogidos para sus intentos  
Que fueron con razon solemnizados,  
Y en las entradas y descubrimientos  
Ningunos en valor mas señalados:  
Dia de Santa Marta tomó puerto,  
Y este nombre le dió comun concierto.

Como quinientos hombres fué la gente  
Que para la conquista con él vino:  
Fué Juan de Villa-Fuerte su teniente,  
Y capitán Rodrigo Palomino;  
Fernán Bermejo, mozo muy valiente,  
Ortuño, Ortiz, Bazantes y Cansino,  
Un Montesinos y Cristóbal Sierra  
Con otros valerosos para guerra.

Celebró paz con indios comarcanos,  
Y para fundar pueblo, la montaña  
Talaban españoles con sus manos,  
De que no se causó pequeña saña:  
Al fin en agrandar á sus cristianos  
El Bastidas se daba mala maña,  
Pues traian á cuestras la madera  
De la montaña hasta la ribera.

Fuó no querer mandar los naturales,  
Y fatigar la gente de quilates,  
Origen y principio de sus males  
Y causa de grandísimos dislates;  
Mas eran sus intentos principales  
Valerse de la paz y de rescates,  
Y así de ningun arte consentia  
A los indios hacerse demasia.

Menos quiso prestar consentimiento,  
Habiendo ya de hambre grande plaga,  
Tomarse de los indios alimento  
Sin que por ello diesen justa paga;  
Mas él daba raciones al hambriento,  
En descontento de la gente vaga,  
Por ser cazabi solo con tasajos,  
Que mal satisfacian sus trabajos.

Comian todos pues carne salada,  
Y tal que por ventura ya hedia;  
Encharcaban en agua delicada  
Con los calores grandes que hacia:  
Cayó luego la gente regalada  
Y el que ningun regalo conocia;  
Morian con grandísima miseria  
Del mal de flujo dicho disenteria.

Pocos de los enfermos escapaban,  
Antes fué tan cruel la desventura,  
Que dos y tres y mas cuerpos echaban  
Juntos en una misma sepultura:  
A muchos cuasi no los enterraban,  
A causa de hallar la tierra dura  
Y tener debilísimas las manos  
Los de mayor vigor y los mas sanos.

Viendo la perdicion de tantas vidas,  
O con razones y con sinrazones  
En comun se quejaban del Bastidas,  
No sin gran multitud de maldiciones,  
Como suelen personas afligidas,  
Y mas en semejantes aflicciones;  
Fué Villa-Fuerte mas que duro guijo,  
A quien Bastidas le llamaba hijo.

Pues en las ocasiones de que hablo,  
Habiéndolo nombrado por teniente,  
Y en su boca no ver menos vocablo  
Que hijo muy amado comunmente,  
De furor revestido del diablo,  
Determinó matallo malamente;  
Y no faltaron otros malos pechos  
En las ejecuciones destes hechos.

Como Pedro de Porras y Bazantes  
Con el dicho teniente conjurados,  
Y estos llevaron otros ignorantes  
Del yerro para que fueron llamados;  
Mas conocieron bien de sus semblantes  
Como debian ir apasionados,  
Sin poder en aquella coyuntura  
Imaginar tan pérdida locura.

A las ejecuciones del intento  
Corren los tejedores de la trama:  
Los dos entraron en el aposento,  
Hallaron al Bastidas en la cama  
Sin sospechar tan gran atrevimiento,  
Aunque se rezumaba ya la fama,  
Y con palabras muy desacatadas  
Villa-Fuerte le dió tres puñaladas.

A las voces y gritos del mezquino,  
Que llamaba criados y parientes,  
Acude con presteza Palomino  
Y los mas alentados destas gentes;  
Luego por la montaña sin camino  
Se metieron los dichos delincuentes,  
Y por entonces no se fueron lejos,  
Hasta ver bien de su maldad los dejos.

Estando pues aquestos alterados  
Por arcabucos y cañaverales,  
Parece ser que fueron avisados  
No mostrar las heridas ser mortales,  
Y así volvieron mas determinados  
De cortar los espíritus vitales:  
Sabido su furor luciferino,  
Tomó luego la puerta Palomino.

Por estar el mas número doliente  
Acudir no pudieron al instante,  
Mas él no sin estremo de valiente,  
Tan fuerte se mostró con un montante,  
Que de la compañía delincuente  
Nadie pudo pasar mas adelante,  
Antes confusa y en temór resuelta  
Para los arcabucos dió la vuelta.